

**Intervención de Frederick de Armas
en el acto conmemorativo del 30.º aniversario de la AISO**

Real Academia Española, 13 de julio de 2017

Director de la Academia, académicos, miembros de la Junta Directiva de AISO, miembros de la Comisión Local Organizadora, socios y amigos. Quisiera comenzar agradeciéndoles a la Real Academia Española y a su director Darío Villanueva el habernos acogido aquí, en el mismo seno de la organización que ya lleva siglos custodiando nuestra lengua. Es un verdadero honor celebrar nuestro treinta aniversario en esta venerable sede.

Quisiera, en primer lugar, mencionarles el esquema de nuestra celebración. Tras unas breves palabras de su humilde servidor, escucharemos a Esther Borrego, de la Comisión Local Investigadora, quien nos pondrá en contexto nuestro congreso. De allí pasaremos al primer presidente de AISO y ahora presidente de honor, Pablo Jauralde, quien nos hablará de los comienzos de esta Asociación. Atenderemos después a la profesora Aurora Egido, presidenta de honor de AISO y miembro de la Real Academia Española quien, después de su intervención, presentará al director de la Real Academia Española, Darío Villanueva, cuya ponencia esperamos con gran anticipación. Concluimos con un acto musical.

Nos reunimos aquí, en esta augusta sala, para celebrar el treinta aniversario de la AISO, o sea de la Asociación Internacional Siglo de Oro. Nuestra asociación ha dedicado estas tres últimas décadas al estudio de la «época de mayor brillantez en las artes y las letras». No es ya que esos Siglos de Oro permanezcan como monumento inaccesible. Al igual que la lengua, que va transformándose con el tiempo, los acercamientos a este Siglo de Oro van evolucionando; se van abriendo nuevos horizontes al mismo tiempo que se perfeccionan métodos como el de fechar obras, fijar textos y preparar ediciones fiables. Si en un pasado leíamos un canon en particular, a través del tiempo, este se ha ido ampliando. No es que nos olvidemos de Gracián y

de Góngora, de Lope y de Calderón. Su obra sigue muy vigente y les hemos dedicado numerosas sesiones en el congreso. Pero añadimos las obras de Juan Latino, de María de Zayas y de muchos más, con una sesión dedicada al primero. Y no es que nos atengamos solamente a los textos, ya que hoy día ampliamos esta visión con nuevos contextos, reflexionado sobre Cervantes a través de la pintura de Velázquez o leyendo al *Diablo Cojuelo* con lentes de Galileo. Y estamos muy conscientes de que así como el Renacimiento brotó de entre los resquicios de la constante guerra entre diversos poderes en Italia, en España los escritores de entonces vislumbraban una edad de oro que se forjaba entre conflictos y bancarrotas; entre conquistas y cautiverios.

Hay quienes dudan que el término Siglo de Oro sea algo adecuado para una edad conflictiva. Ese Siglo de Oro, dicen, no puede tener nada en común con el mito grecolatino de la Edad de Oro donde dioses y seres humanos convivían en un mundo armónico. Por mi parte, reafirmaría el nombre de nuestra Asociación. Ese Siglo de Oro que enmarca la AISO no es ya un pasado monumentalizado, sino algo cambiante que sigue demostrando una y otra vez su vitalidad e inigualable riqueza cultural. Los moradores de ese tiempo se daban cuenta de ese inusitado florecimiento. No se estrena el término Siglo de Oro con tratadistas del dieciocho. Al igual que el Renacimiento, que brota de su mismo medio ambiente, con la famosa *rinascita* de Giorgio Vasari, así escritores del Siglo de Oro imaginan estar en una Edad Dorada o se lamentan de su pérdida.

Recordemos unos ejemplos. El Conde de Villamediana, en su espectáculo palaciego, *La gloria de Niquea*, no solo crea equivalencias entre «siglos dorados» y «paraíso español» sino que escenifica esa Edad de Oro, la figura de la diosa Astrea, que baja a la tierra sobre un águila. Si esta diosa regresaba de los cielos para estar con el monarca, el poeta entonces sería el que anunciaba una nueva edad. De manera mucho más compleja, Calderón en *La vida es sueño*, escenifica cómo Rosaura (luego llamada Astrea) cae del caballo, cae del monte y llega a Polonia como si bajara del cielo. Esta nueva Astrea es la que participa en la conversión del príncipe, para que el mundo y la

cultura que se renueven.

Estos dos ejemplos conllevan una tercera afirmación de lo adecuado del término para AISO. El Siglo de Oro que vislumbraban estos poetas no era ya esa primera edad, sino que se contaminaba con la visión de Virgilio quien al clamar que con Augusto César regresaba la Edad de Oro, se autofiguraba a sí mismo como poeta que podía visualizar y conceptualizar tal edad en sus escritos. Se trata entonces de un término que está muy consciente de su trabazón política y de su capacidad para la autofiguración, así revivificando la teatralidad del Siglo de Oro Español.

Lope de Vega, casi al fin de su vida, confiesa su desengaño y contempla la desaparición de tal mundo idealizado en sus silvas dedicadas al Siglo de Oro. Se queja de que su época se ha apartado de esos siglos dorados donde la Verdad reinaba. Nadie mejor que Cervantes para captar ese fulgor que, o se encuentra o se fuga. Bien conocido es el discurso de Don Quijote: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados». Parodia, burla, ideal quijotesco, añoranza, sátira del mundo pastoril y caballeresco, el discurso es también una autofiguración, una alabanza de la habilidad del autor de escribir y tornar un género contra el otro; un mito contra sí mismo.

Es justamente esa escritura al parecer unívoca pero polifónica, es ese perspectivismo metaliterario lo que caracteriza ese florecimiento de artes y letras.

Y si hoy día parece cundir la *posverdad* (acepción reconocida como neologismo por la Real Academia), no hay más que regresar a Lope, a Cervantes, para vislumbrar esa búsqueda de la verdad, digamos de las muchas formas de la verdad que, como figura proteica pero ideal, insistían a que se vislumbrara en las más complejas meditaciones sobre lo que implica nuestra vivencia. En vez de *posverdad*, digamos como nuestros escritores, *veritas filia temporis*, la verdad es la hija

del tiempo, es Astrea, y con el tiempo nosotros y nuestra asociación podremos poco a poco desvelar algunos de sus aspectos alzando nuestras voces en cada congreso para perfeccionar nuestros conocimientos.

Estamos aquí porque todas y cada una de las personas que integran este congreso saben muy bien que lo que estudiamos es lo humano, las voces que reflexionan con más sagacidad sobre nuestra condición. De esa famosa Y pitagórica, de esa ípsilon o Y griega de que tanto nos ha dicho Aurora Egido, hemos escogido la vía estrecha. Si para nosotros, la cultura y literatura es esa senda que nos lleva hacia Astrea, hay quienes prefieren otros caminos. Hay quienes en nuestra edad de hierro intentan que se olviden las humanidades, que se desconozca ese gran momento que es el Siglo de Oro. No se conseguirá porque todos estamos aquí atentos a lo que importa. No se conseguirá porque el Siglo de Oro no queda en el pasado sino que es algo de hoy día.

Un breve ejemplo para concluir. Este año no solo es el 30 aniversario de nuestra organización sino también el cuatrocientos de una obra poco leída, el *Persiles y Sigismunda*, novela póstuma cervantina. Pero aun aquí no podemos dejar de subrayar su impacto no solo en el mundo académico, en congresos que se extienden como decía Lope «desde el antártico a Calisto» (el septentrión), sino también en la cultura contemporánea. Aparece el *Persiles* donde menos lo pensamos: en Alejo Carpentier, en José Lezama-Lima, en Enrique Vila-Matas, en Arturo Pérez-Reverte. Para aludir a la maravilla, Carpentier y Pérez-Reverte recurren a la última novela de Cervantes, instándonos a que descubramos los misterios allí escondidos y los nuevos misterios que ellos encubren. Dejándonos de enigmas digámoslo bien claro: quien no conoce el Siglo de Oro no puede comprender plenamente nuestras literaturas de hoy día.

En este aniversario de la AISO recordemos nuestro legado, nuestro compromiso con el presente y con el futuro. Felicitemos a los presidentes de honor, aquí presentes, Pablo Jauralde, Aurora Egido, Melchora Romanos; y celebremos a cada uno de los presentes en este congreso, estudiantes, doctorandos, catedráticos; estudiosos de todas partes del mundo cuyo compromiso

con el Siglo de Oro nos llevará con nuestro esfuerzo y perseverancia a una nueva Edad de Oro en los estudios del Siglo de Oro. Gracias a todos!

Frederick de Armas